

## Presentación

Las dimensiones colectivas de la manifestación pública se han modificado. A partir de ello se requiere establecer, primero, una radiografía espacial del suceso político, para después revisar los aspectos culturales que encierra el arribo solemne del hedonismo contemporáneo, arropado [...] por una cultura individualista...

Esta frase de Juan Soto y Octavio Nateras resume en parte el artículo con el que se abre este número 98 de *Polis*, revista del Departamento de Sociología de la Unidad Iztapalapa de la UAM, bajo el título de “La política en la cultura. Análisis político de la vida cotidiana”, advierte que “en el terreno de la participación, lo que rige son dos dimensiones relacionadas entre sí: la de inclusión y la de exclusión, que se mueven desde el plano de lo subjetivo hasta el de lo objetivo o viceversa. Resulta obvio que los problemas de interés comunitario no interesan a todos por igual, aunque sea incumbencia de cada individuo que forme parte de ésta u otra sociedad. Así, cuando un ciudadano asume su competencia, se incluye de manera objetiva, pero cuando no lo considera su interés, se autoexcluye subjetivamente.”

De ese modo, aun cuando el ciudadano tiene conciencia de la mayoría de los problemas políticos o sociales existentes en los diversos espacios sociales que lo circundan, no en todos tomará parte activa y quizá por ello sea la pasividad el estado común de la mayoría ciudadana. A alguien puede no interesarle el problema general del cuidado y la preservación del medio ambiente, pero sí el de mantener limpio al menos su propio espacio. Sin embargo, puede ocurrir lo contrario: que se interese por el medio ambiente pero no por mantener limpia su casa.

“En consecuencia —agregan— aunque todos pertenecemos a una cultura, no siempre la política resulta de nuestra incumbencia, y por lo regular, política puede pasar como sinónimo de tedio. La inclusión en la cultura (...) no implica la inclusión en la política, pero debe ser clara la idea de que la política siempre aparece en la cultura (...) Al parecer, la política a nivel de la vida cotidiana se vuelve asequible en la medida en que pueda ser reconocida culturalmente como tal.”

Concluyen, por todo lo anterior, que es en los espacios informales de la política donde ésta realmente se significa, al pasar a ser experiencia colectiva, al convertirse en algo familiar. La estancia de la política en la cultura, entonces, se ve matizada por los diferentes tipos de familiaridad: con las imágenes, con los lugares, con las fechas, con las palabras, con los ambientes, con lo invisible, con todo lo que nos es cotidiano.

En cuanto a “Representación social de la democracia: de lo ideal a lo real”, Óscar Rodríguez Cerda, Carlos Alberto Cadena, Diana Mireya Saldívar y Alan Mendoza aluden a la utilidad de los referentes comunes en el proceso de familiarización de la democracia. Se trata de un trabajo comparativo entre dos grupos de estudiantes universitarios encaminado a determinar sus estilos de caracterización de la democracia mediante el uso de esquemas de asociación. También se comparan las medidas de correlación y desviación estándar de los atributos de cada uno de ellos relativos a la democracia. A fin de cuantas, se pretende confirmar el carácter de representación social de la democracia. A partir del estudio que sustancia este escrito se establece —en opinión de los autores— que la democracia vive en la calidad de la participación y, por tanto, de la pluralidad de sentires de la vida política, de la calidad de los derechos que encumbran al ciudadano; pero al mismo tiempo, por las conductas asociadas con el respeto por la ley.

“Si estamos de acuerdo o no con tal caracterización es otro asunto. Y también otro muy diferente si las polémicas implícitas enriquecen o no las teorías acerca de la democracia. Pero es claro cómo el cuerpo social hace inclusivas las partes sociológicas y psicológicas a través del pensamiento colectivo”

En un trabajo contiguo en espacio y tema, Gustavo E. Emmerich y César Maldonado inquietan en el tipo de cultura política que ob-

servan los estudiantes de licenciatura de la Unidad Iztapalapa de la UAM. Se preguntan sobre las vías de participación política de ese sector específico de la población, así como de posibles influencias familiares, vocacionales, con base en una encuesta aplicada a finales de 1997 en una muestra representativa.

Los datos captados por ese medio sugieren las siguientes conclusiones: los estudiantes de la UAM-I poseen una cultura política informada, crítica y participativa; combinan rasgos de una cultura política subordinada y autoritaria con aspectos de una cultura política participativa. Existen, además, diferencias en la cultura política según sea el género, el tipo de carrera escogida y el ingreso familiar de los estudiantes. Su participación se da principalmente por medio del sufragio y son pocos los que pertenecen a alguna organización política o social.

En lo tocante a “La legislación electoral en el Distrito Federal”, Pablo J. Becerra analiza el tema desde la perspectiva del estatus particular de esta entidad política respecto de la ausencia de poderes locales electos por la ciudadanía, pese a la importancia y magnitud de sus procesos de concentración urbana, económica y social.

“En lo fundamental, este régimen de excepción se mantuvo por la negativa del gobierno y del PRI a aceptar la posibilidad de que la entidad tuviera órganos propios de gobierno originados en el voto de los ciudadanos y que la oposición pudiera controlarlos [...] pero sin lugar a dudas la realidad política de la competencia partidaria y la participación ciudadana en la ciudad capital han conducido a la necesidad de articular nuevos mecanismos institucionales para darles cauce. Por ello no es casual que después del proceso electoral de 1997 [...] nuevamente se haya puesto sobre la mesa el tema de la reforma política del Distrito Federal.

Con respecto a los planteamientos más recientes de la ética de la liberación, Oliver Kozlarek entrega un texto en el que discute los conceptos básicos de tal proyecto filosófico desde el punto de vista sociológico. El trabajo se titula “Liberación como acción. Una lectura sociológica de la ética de la liberación”, y en él se argumenta que —sobre todo— frente a la modernidad globalizante, conceptos como sujeto, vida y liberación pueden entenderse como imperativos para una teoría social crítica.

La propuesta de Kozlarek se resume en las siguientes palabras:

“La liberación es siempre una acción dentro de un espacio-tiempo y en contra de la totalización espacio-temporal tal como la impone la modernización globalizante. En este sentido la liberación es acción por excelencia, puesto que cualquier acción es un proceso que tiende a la realización espacio-temporal en el sentido de la subjetivación. El pensamiento posmoderno forma parte de esta acción liberadora, ya que entabla una acción constituyente de nuevos lugares e historias.”

José Joel Vázquez plantea una visión sociohistórica de la comprensión en la construcción de la psicología social. Reconoce en este trabajo un intento por probar que la historia reciente de la teoría social sigue estrechamente vinculada a problemáticas y contribuciones que han sido producidas desde la constitución y el desarrollo de la psicología social.

Realiza, entonces, un análisis con el propósito de poner de manifiesto la importancia de tal disciplina en el desarrollo de la investigación histórica: “se asocia la historia del pensamiento social y político con la historia de la psicología social”

“La teoría de los campos en Pierre Bourdieu” asume a la sociedad como un conjunto de campos relacionados entre sí y a la vez relativamente autónomos. De acuerdo con esa interpretación, cada campo se constituye como un espacio de conflicto entre actores enfrentados por los bienes que ofrece el mismo.

El análisis que expone Aquiles Chihu a ese respecto considera que a diferencia de las categorías de otros modelos interpretativos, el concepto de campo forma parte de una metáfora espacial en la que se reconoce la fluidez del espacio social y el papel de los actores en el campo.

Esta propuesta rechaza el reduccionismo que considera que las prácticas sociales de los actores se derivan mecánicamente de sus posiciones sociales. El *habitus* es concebido como un proceso de socialización desde la infancia que simultáneamente es generado por estructuras objetivas a la vez que generador de esquemas de conducta y prácticas sociales.

“La teoría de los campos viene a constituir un aporte a la teoría de las clases en la medida en que su análisis de las clases tiene como propósito especificar la contribución de los factores culturales al mantenimiento de la dominación de clase.” Para Bourdieu la persecución del propio interés no es una conducta exclusiva del

campo de la economía —explica—; en el campo de las prácticas culturales los actores también compiten por recursos y ganancias; la diferencia es que en éste la acumulación se refiere a bienes simbólicos (prestigio, honor).

La sección **Debate contemporáneo** incluye como tema de análisis el artículo de Serge Moscovici intitulado “Las representaciones sociales y la comunicación pragmática”. En resumen, el autor afirma que no existe aún alguna teoría que identifique cabalmente las transformaciones que se dan en el proceso de la comunicación, y que se requiere un estudio que muestre cómo una representación social genera un contexto y cómo éste es proyectado en las proposiciones.

Michel-Louis Rouquette realiza la presentación de ese texto de Moscovici bajo el siguiente esquema: a) las representaciones sociales se elaboran (y se transmiten) en la comunicación; b) la comunicación no se reduce al lenguaje manifiesto; y c) las representaciones sociales son “agregativos” de sentido, quizá sobre la base de las imágenes.

Tod Sloan, por su parte, al hacer su comentario crítico afirma, en “Comunicar más allá del significado”, que el ensayo de Moscovici abre una puerta hacia una dimensión descuidada del proceso ideológico que podría definirse como una operación no solamente en el contenido positivo de la comunicación, sino también dentro de un marco que impide la utilización de otras categorías, tales como asegurar que ciertos temas no se discutan públicamente o prohibir que algunas clases de personas hablen o participen en decisiones que afectan sus vidas. “El hecho es que Moscovici introduce ejemplos que pueden desarrollarse para examinar el impacto del poder sobre las presuposiciones que forman las representaciones con anterioridad a la comunicación lingüística. Así pues, la esfera de la ideología aún se encuentra descuidada”.

Tal es, en síntesis el contenido de este número de la revista *Polis*, sin duda interesante para el análisis de la coyuntura actual.

*José Octavio Nateras Domínguez*